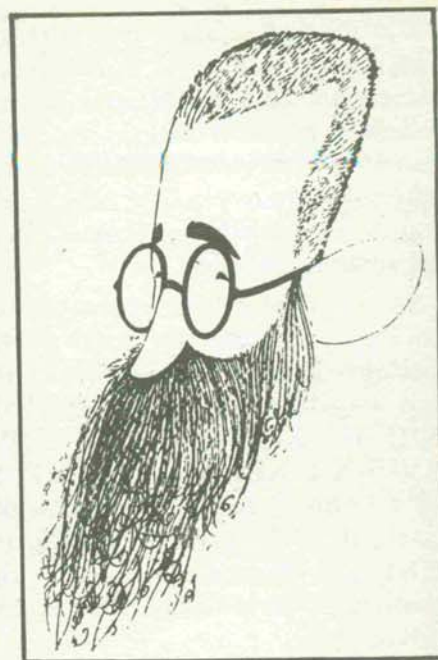


El último texto de Valle Inclán

Caricatura de
don Ramón del Valle Inclán,
por Alejandro Sirio.



Problemas en torno a “El trueno dorado”

Emilio Salcedo

EL malogrado Gustavo Fabra Barreiro, marcado de muerte en plena juventud, preparó para la imprenta la resurrección del último texto valleinclanesco, una novelita inacabada, pero que, por la misma estructura escénica de la narrativa de Valle, vale como obra concluida y vuelve a los lectores para suscitar problemas que son consustanciales con la escritura del señor de la Puebla de Caramiñal (1).

En la introducción a sus **Ensayos críticos**, apunta Roland Barthes algo quen mutatis mutandi, muy bien puede aplicarse a don Ramón: «Escribir (a lo largo del tiempo) es buscar al descubierto el mayor lenguaje, el que es forma de todos los demás. El escritor —sigue— es un experimentador público: varía lo que recomienza; obstinado e infiel, sólo conoce un arte: el del tema y las variaciones».

Valle reelaboró muchos de sus textos y en este quehacer, que era algo más que un simple afán perfeccionista, es necesario asentar la gran dificultad aún no resuelta para establecer una correcta bibliografía de su producción y no digamos una correcta y necesaria edición de sus **opera omnia**. No era tanto el acto de reescribir, lo que supondría considerar como borradores algunos textos, cuanto el de iniciar una obra distinta en la que se incrustan materiales anteriores, como un **collage**, pero cuyo funcionamiento varía, precisamente, por su traslado de contexto.

Aunque en todo ello hay que ver unas razones

de tipo económico, si Valle anticipa como novelas cortas, desde 1926, al empezar a escribir **El ruedo ibérico**, fragmentos de su obra (también lo había hecho con otros de **Tirano Banderas**), en los últimos años de su vida vuelve a un procedimiento inverso: en 1931 publicando en «Ahora» lo que podría suponer una corrección para la edición definitiva de **La corte de los milagros**, texto que sigue siendo necesario sacar a la luz. Algunos intentos anteriores, como **La corte de Estella**, tienen carácter de reelaboración y resumen, con independencia textual, del ciclo de **La guerra carlista**.

Pero el caso de **El trueno dorado** es distinto. Al emprender la primera trilogía de las tres que formarían la serie, Valle Inclán le había confesado a Gregorio Martínez Sierra: «**El ruedo ibérico** es obra a la cual lo más probable es que no se pueda dar fin, ya por su extensión y mis años, ya por sus dificultades». En 1931, estando don Ramón en Roma sufre un nuevo ataque de hematuria, la enfermedad que le llevará a la muerte. De regreso a España se retira a Galicia. Con gran esfuerzo va publicando en «El Sol», en folletón, lo que tiene escrito de **Baza de espadas**, de julio a septiembre de 1935 y deja el proyecto inconcluso. Hay periodos en los que le es imposible escribir; sólo algunos artículos para «Ahora», en un intento desesperado por sentirse vivo aún. Es interesante no olvidar que dedica varios artículos a comentar el libro del conde de Romanones sobre Amadeo de Saboya, defendiendo que Paúl y Angulo (personaje de **Baza de espadas**) no participó en la conspiración contra Prim. El socarrón conde decía que él era el

91) Ramón del Valle Inclán: «El trueno dorado». Prólogo y notas de Gustavo Fabra Barreiro. Nostromo editores, Madrid, 1975.

nombre que sabía más historia del siglo XIX, después de Valle Inclán. En estos artículos se destacan rasgos descriptivos muy al tono de **El ruedo...**, pero en ningún momento presuponen el intento de continuar el ciclo novelesco, ni siquiera la novela que cerraría la primera trilogía. Y es entonces cuando la emprende con **El trueno dorado**.

¿Se trata de una corrección de «Ecos de Asmodeo», el libro segundo de **La corte de los milagros**? Sencillamente, no. Repite, sí, algunos capítulos en esta equivalencia: XII-II, XIII-III, XIV-IV, XV-IX, XVI-X, XVII-XI, XVIII-XII, XIX-XIII, XX-XIV. Son nuevos en **El trueno dorado** los capítulos I, V al VIII, parte del XIV y todos los siguientes hasta el XXI. Los «Ecos de Asmodeo» tiene veintisiete capítulos, de los que sólo han sido aprovechados nueve.

La primera poda del relato inserto en **La corte de los milagros** es la referencia ambiental (que juega siempre un poco como coro de la Historia) en la que se mezclan los salones de los Torre-Mellada y personajes históricos como Adelardo López de Ayala y los asiduos del café Suizo. Desde el capítulo XX se vuelve a los Torre-Mellada y la desbandada familiar tras la muerte del guardia, que preparan todos los sucesos de la siguiente novela **Viva mi dueño**.

En **La Corte de los milagros**, la muerte de un guardia a manos de los señoritos del trueno, es sólo un episodio, fundamental, pero un episodio. En este otro relato que reemprende Valle Inclán en la clínica, se elabora una novela distinta, paralela, en la que se profundiza en el mundo de la víctima. El plan para buscar un presunto culpable, la prolongación de la visita de la marquesa de Torre-Mellada y su hija Feliche en la casa del guardia donde le ven morir (en la anterior versión murió al ser arrojado por la ventana), que utiliza para la presentación de todo un mundo de vecindario, vienen continuados en el relato por la aparición de la hija del guardia y su coime, que será detenido, la visita del forense que pretenderá hacer la autopsia y, llenándolo todo, la figura casi silenciosa, como un reproche a todo cuanto sucede, del anarquista Fermín Salvoechea.

En la inacabada novela **Baza de espadas**, figuran algunos personajes muy semejantes, pero que no son, en rigor, los mismos, ni siquiera Salvoechea. Teodolindo Soto, granuja conocido de **El pollo de los brillantes**, es más joven y menos derrotado en **Baza** que en **El trueno**; igual que Salvoechea que aparece en 1868, a sus 26 años, en un viaje con Bakunin a Londres. La Sofí, en **Baza de espadas**, es la baila-

rina rubiales Sofía Aranguren que se enamora del joven anarquista y que para nada recuerda haber tenido un padre guardia; en cuanto a Indalecio Meruéndano, el jaque de la rubiales, sólo coincide en el nombre y en la profesión.

El Fermín Salvoechea de **Baza de espadas** es un hombre joven, sin sus gafas —perpetuadas en los grabados de la época y en un sello conmemorativo emitido por la Segunda República—; en **El trueno dorado**, encontramos ligeros matices que nos lo presentan más viejo, amén de sus gafas: «barbujas descoloridas», «apagado y circunspecto», «clara sonrisa de hombre ejemplar». Valle Inclán, cuidadoso de todos los pormenores, es sorprendentemente certero en su retrato de Bakunin y de su compañero, el Boy, el famoso Nechaev, Arsenio Petrovich Gleboff; señala ya las características del que sería gran farsante, chantajista y burlador del viejo anarquista. Claro que, si Bakunin y el Boy se conocen en 1869, Valle, en **Baza de espadas** los sitúa juntos, en un barco frente a Gibraltar un año antes.

Por el tiempo en que escribe y publica en «El Sol» estos fragmentos de su última novela de **El ruedo ibérico**, el movimiento anarquista es una poderosa corriente entre las fuerzas políticas del país. Valle, que no ocultó su simpatía por el gesto fascista de Mussolini en su tiempo de Roma (como señaló Arderius y ha recordado Hormigón, los gestos o tics le encantan por cuanto pueden reducirse a ademán escénico en su calidad plástica y estética), no oculta su antifascismo no su proclividad hacia el comunismo, más ganado por la figura de Lenin, aunque no fuese nunca hombre de partido; pero no ignora que, en España, el anarquismo ha prendido antes que el marxismo; el

Testamento

Te dejo mi cadáver. Reportero
El día que me lleven a enterrar
Fumarás a mi costa un buen negro,
Te darás en la Rumba un buen gaiter.
Y luego de casa con mi fiambre
Aludado en tu prensa gaceteril,
Hummeando el puro, satisfecha el hombre,
Me injurias tu dicharacho vil.
Te dejo un cadáver. Verme ingrat
Harto de mi carnis, ingenuamente
Dinos gustando del bicarbonato:
D-a-t-a Miguel no muere de repete.

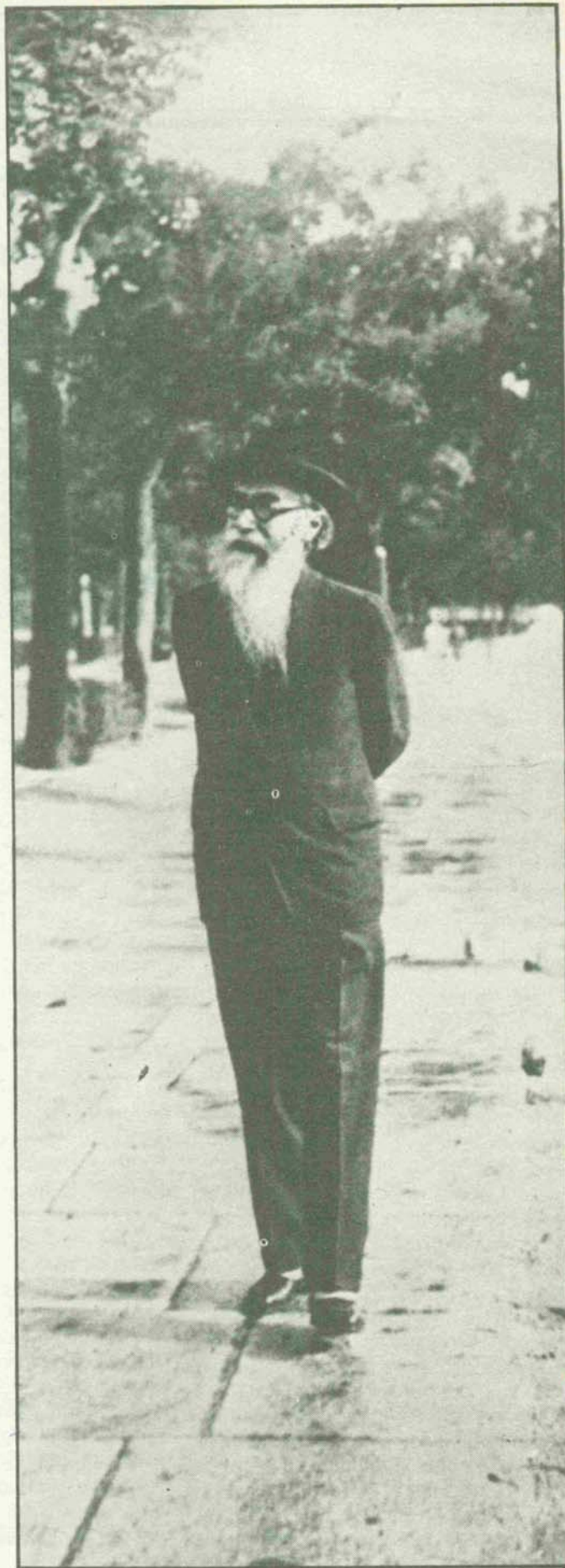
Facsimil de un manuscrito de Valle Inclán: el correspondiente a la primera parte de su poema «Testamento», que vería la luz una vez fallecido don Ramón.

viaje de Fanelli y Eliseo Reclus fue más eficiente que el posterior de Lafargue, yerno de Marx. Bakunin subestimó, no obstante (véase la espléndida biografía de E. H. Carr) la penetración anarquista en nuestro país. Valle, como siempre, al recrear la Historia, piensa también en lo que está pasando cuando escribe y escribe en dos planos. En este sentido es conveniente recordar que, cuando en 1931 se traduce al ruso **Tirano Banderas**, los críticos se dividen en dos opciones, pensando en una representación del dictador mejicano Porfirio Díaz, unos y otros en el general Primo de Rivera. Fedor Kelin, que mantenía este último enfoque, consultó al escritor gallego y éste le contestó en una carta: «Puede y debe interpretarse de ambas maneras».

Según la estructura de **El ruedo ibérico**, por sus propias leyes de construcción del relato, no puede hacer que luego no se reconozcan personajes que habrían estado juntos antes (La Sofí joven y el Salvoechea maduro de **El trueno dorado**; la Sofí ajada y el Salvoechea joven de **Baza de espadas**). Lo que Valle Inclán, con un pie ya en el estribo, intenta, es escribir un relato distinto, pero no corregir **El ruedo ibérico**, cuya culminación ha abandonado ya. La limitación de su enfermedad, la urgencia que siente, le lleva a utilizar viejos materiales, nombres y tipos que se hacen distintos y, lo que parece interesante, responder a un reproche que le ha sido formulado: la ausencia en **El ruedo** del proletariado urbano y que se vislumbra como posible en esa casa de vecindad en que vive Salvoechea y muere el guardia defenestrado. Un buen elemento de enlace, testimonio de una toma de conciencia colectiva, es la admiración que todos los personajes sienten por el anarquista, personalidad que fascinó siempre a Valle Inclán y que Blasco Ibáñez, nominándole Fernando Salvatierra, noveló también en **La bodega**.

La transformación textual parece orientada en otro sentido, aunque siempre sea en él un recurso estilístico. **El trueno dorado** se desgaja del tronco de **El ruedo ibérico**; no es un volver a él en el doble acto de la poda y el injerto, si bien usa de los mismos recursos para, haciendo una novela histórica, hacerla a la vez contemporánea.

De todas formas, si Valle Inclán había renunciado a concluir **Baza de espadas**, hay que ver en **El trueno dorado** un empeño más modesto estéticamente, desde la situación a que se ve reducido en su automoribundia, aunque a la vez tenga toda la grandeza del oficio del escritor que, hasta el último momento, sigue escribiendo en un **desesperado** esfuerzo contra la muerte. ■ E. S.



Valle Inclán, caminando por el madrileño Paseo de la Castellana. La publicación de «El trueno dorado» contribuye al conocimiento de una de las figuras españolas más originales de este siglo.